

Amoro 175

DE MADRID AL VESUBIO.

14243 (VIAJE POR ITALIA)

14295 POR

D. JOSÉ DE LASA.

14380  
14494  
Hoy 1877

ENTREGAS

(Vease la cuarta plana.)

MADRID.—1872.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,  
Calle del Colmillo, número 8.

L47  
2675

DE MADRID AL VESUBIO

OFICINA DE TRAMITE

1875

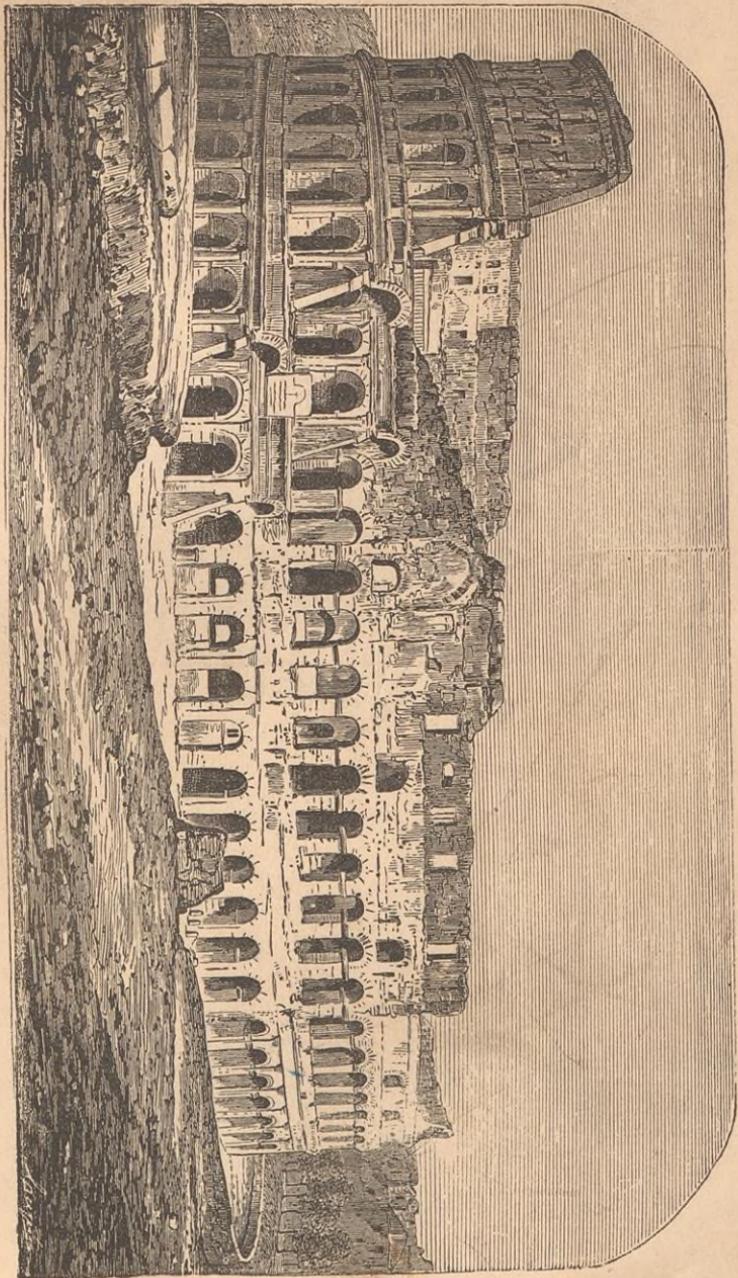
D. JOSE DE PARRA

(Creado por el congreso de 1845)

MAY 10 - 1875

1875

5492-467



Coliseo.—ROMA.

1871-1872

DE MADRID AL VESUBIO.

VIAJE A ITALIA

DES DEPARTIR DE MADRID, EN 1793, HASTA ROMA, TORO, NÁPULI, PÁDUA, VENEZIA, MILÁN,  
PARIS, BRUSÉLAS, AMSTERDAM, ROTTERDAM, Y LONDRES.

Y SU REGRESO.

DE MADRID AL VESUBIO.

VIAJE A ITALIA.

D. JOSÉ DE LASA.

MADRID.

9567

# DE MADRID AL AERUBIO.

VIAJE A ITALIA

Por

SIR SEBASTIAN BAYON, LTOR. ROYAL. LTOR. ROYAL. LTOR. ROYAL. LTOR. ROYAL.  
FLORENCIA, ROMA, NAPOLI, GENOVA.

Y REGRESO POR

LA SIERRA DE MONTECATINI, AREZZO, FLORENCIA, GENOVA.

Es propiedad del autor.

PARTE DE LA HISTORIA, GEOGRAFIA Y ECONOMIA

DE LA DESCRIPCION Y PRACTICA

DE LOS RIOS Y LAZAROS DE LA SIERRA DE MONTECATINI.  
CON NOTICIAS Y OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE LA SIERRA.

Por

D. JOSE DE LASA.

MADRID.

EN LA TIPOGRAFIA DE LA ASOCIACION DE LOS SEÑORES DE LA SIERRA.  
CALLE DEL CRISTO, NUMERO 2.

1873.

## À MI ESPOSA.

### PRIMERA PARTE.

A quién mejor que à ti, compañera de mi vida, (y por lo tanto de mi viaje) dedicar estas páginas, que si algun mérito tienen es el de estar escritas à tu lado?

Acéptalas, pues, como un pequeño recuerdo de las gratas emociones que en la clásica Italia tantas veces han acariciado nuestras almas ante las maravillas del arte y de la naturaleza.

El Autor.

A MI ESPOSA

So quisiera mejor que a ti, compañera de mi vida,  
y por lo tanto de mi vida (deberías estar pagada)  
que se alguien me lo hiciera, tener a el de estas  
ocultas a tu lado?

Deberías estar pagada, pues como un pequeño recuerdo  
de las grandes emociones que en la clásica literatura  
de tantas veces han acontecido en estas almas  
ante las maravillas del arte y de la naturaleza.

la salida de Madrid, yendo en busca de otra  
atmósfera que respirar.

Siempre que no he podido hacer lo mismo y me he  
encontrado en los andenes de la estacion, me he queda-

# PRIMERA PARTE.

al cada uno de aquellos tales momentos se levanta una  
partícula de mi ser.

Pero ahora me distingo: iba á emprender un largo viaje;  
iba á separarme de mis queridos padres, de toda mi familia,

## CAPITULO PRIMERO.

y debía durar esa separacion cuatro ó cinco meses; y ya  
puedo considerar, desde ahora, que me voy con mi familia y con la  
familia se vive; y cuanto mas! ¡han tanto de ir!  
mano del libro enviar á este suelo tantas desdichas en ese

A LYON.

Para ir á Lyon, y para  
Salida de Madrid.—San Sebastian.—Sus hoteles.

Necesita describirse, lector, lo que es la salida de un tren  
• *express*, en los últimos dias del mes de Julio? Creo que no.

¡Cuántas veces quizá, mediante la suma de dos reales, ó  
bien sea media peseta, ó bien doscientas milésimas de escudo,  
ó si mejor te parece, cincuenta céntimos de peseta, ó si por  
lo clásico y antiguo estás, diez y siete cuartos, habrás entrado  
en los andenes de la estacion del ferro-carril del Norte, á dar  
el último apretón de manos á un amigo, el más estrecho de  
tus abrazos á tu madre, ó á murmurar la última palabra de  
cariño al oido de tu amada?

Yo de mi, sé decirte que siempre he mirado con envidia á  
los que, envueltos en un torbellino de humo, asfixiados, por  
los rayos de un ardiente sol, y encajonados en esas grandes  
cajas que se llaman wagoes, dejaban por unos cuantos dias

la agitada vida de nuestro Madrid, yendo en busca de otra atmósfera que respirar.

Siempre que no he podido hacer lo mismo y me he encontrado en los andenes de la estacion, me he quedado al ver partir el tren, místico, y sin ganas para nada, como si cada uno de aquellos felices mortales se llevara una partícula de mi sér.

Pero ahora era distinto: iba á emprender un largo viaje; iba á separarme de mis queridos padres, de toda mi familia, y debia durar esa separacion cuatro ó cinco meses; y ya puedes considerar, lector, que se vive con la familia, y con la familia se vive; y ¡cuatro meses! ¡dan tanto de sí! ¡Puede la mano del Eterno enviar á este suelo tantas desdichas en ese tiempo. . . . .

Era preciso, pues, desechar todas esas ideas *negras*, y para conseguirlo no tuve mas que volver la vista al sitio ocupado por mi esposa..... y ¡fif! el tren avanzó majestuosa y lentamente primero, y rápidamente despues, dejando á su espalda la villa del oso y del madroño.

Creo innecesario tambien é inútil, detenerme á describir el contenido, digámoslo así, de la via férrea que separa á Madrid de San Sebastian, pues creo que todos, ó casi todos los que lean estas líneas, saben ya ó conocen, gracias los unos á sus cuantiosas rentas, y gracias los otros á los *viajes de recreo*, los puntos que de alguna importancia hay en la línea férrea de Madrid á San Sebastian.

Y por idénticas razones, ¿quién no ha estado unos cuantos dias, un mes, en la perla del Océano español? ¿Quién será el desdichado mortal que no haya ido á refrescarse la sangre en la concha *donostiarra*? ¿Quién habrá dejado de exponer un

duro al encarnado ó negro en la vertiginosa rueda de la ruleta?

Nada más bonito, nada más pintoresco que la ciudad de San Sebastian.

Ya desde que se llega á la estacion del ferro-carril (me refiero á los que llegan de Madrid), vienen á acariciar al pasajero las brisas del Occéano, confundidas con el oxigenado aire que despide el bendito suelo de las provincias vascas.

Nada mas animado que la entrada del viajero en la ciudad; la hora de la llegada del tren *express*, es por lo regular la hora de la ida al baño; de suerte que es casi imposible dar un paso sin encontrarse á cada momento con un amigo (ó con *una amiga*), con traviesas y bellas pollitas acompañadas de su indispensable mamá, que en cada forastero que llega, si todavía no pertenece á la cofradía, cree ver la mano de la Providencia en forma de marido para su niña.

No es mi ánimo, empero, lector, detenerme ó hacerte detener en San Sebastian, pues hartó me queda todavía que contarte, y no quiero fatigar tu atencion, que te suplico reserves para cosas que creo han de cautivar algo más tu imaginacion.

Pero como no quiero faltar á lo prometido en el prólogo de esta obrita, voy á indicarte algo acerca del hospedaje en la ciudad de que te he hablado, lector.

Si quieres comer bien, beber mejor, y una buena cama, en un bonito cuarto, dirige tus pasos al hotel de Ezcurra, en donde por cuarenta, treinta y seis y hasta treinta reales por persona, tendrás todo lo que acabo de decirte, consistiendo la diferencia de precio en la colocacion de tu individuo, esto es, en el cuarto.

Pero si tus aspiraciones no son tan grandes, puedes hospedarte en el Parador Real, y allí tendrás, euasi lo mismo, por precios más reducidos.

Por último, si tu bolsillo está reñido con los hoteles, no te faltarán en San Sebastian limpios, cómodos y confortables alojamientos en una casa de huéspedes en donde por un duro diario, y hasta por ménos, se encargarán de darte habitacion, mesa..... y hasta ropa limpia.

Para concluir; el billete á San Sebastian, cuesta: en primera clase, 270 rs. 25 cénts.; en segunda, 202 rs. 77 cénts.; y en tercera, 120 rs. En la estacion veraniega, el que quiera aprovechar los trenes que se llaman de recreo, puede, con unmes de estancia, ir y volver, por media onza en segunda, por seis duros en tercera, y si más quieres, lector, espera á los últimos días del mes de Setiembre que, te traerán trenes de índole análoga á los últimos de que te estaba hablando, y que darán con tu personalidad en San Sebastian y *viceversa*, ó sea otra vez á Madrid, por cuarenta reales.

Conque no podrás quejarte de la empresa del ferro-carril del Norte.

## CAPITULO II.

### CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Hendaya.—Bayona.—Saint-Esprit.—Sinagoga.—La barra.—La catedral.—Tributo del diez y nueve de Junio.—Castillo de Marrac.—A España.—Noticias prácticas.

Por entre un camino bellissimo y hasta accidentado en medio de su misma uniformidad, te conduce, oh lector, el tren á Irún, despues de haber ofrecido á tu vista el súcio y encenagado puerto de Pasages, que es, sin disputa, el mejor de cuantos existen en España y que tantas ventajas reportaria á esta comarca si se emprendieran las obras de su limpieza; pero como vamos á ir á paises extranjeros, dejemos por un momento nuestro carácter español, y por lo tanto no critiquemos más á nuestro país, que bastantes defractores tiene, y así vamos á la pátria de uno de estos que, por nada más que porque le dió la gana, dijo que el Africa empezaba en los Pirineos.

¿Quién habia de decir á quien así queria hacer estudiar

la geografía, que una nación extranjera había de hacérsela estudiar, á lo menos por ahora, como francés, de una manera que seguramente no habría de agradecerle?

Llegamos, por fin, á Hendaya, mediante la suma (desde San Sebastian) de 8 rs. 50 céntos. en primera clase, de la de 6'35 en segunda, y de 3'75 en tercera.

Y aquí, lector, es donde, por primera vez en nuestro viaje, se encuentra uno con la primera aduana francesa; el registro no es nada escrupuloso; no tienen miedo los franceses á nuestras importaciones; lo único que te aconsejo guardes en lo más hondo de tu maleta, son tus cigarros, y tu chocolate, si es que no puedes con el francés; y esto te lo digo, porque hacen pagar crecidísimos derechos á estas dos materias, y sobre todo á los cigarros de la *Renta Nacional* de España.

Tampoco aconsejamos á nadie cambie moneda española en las dos garitas allí establecidas, pues siempre abonan un medio por ciento menos que en los demás puntos de Francia, y además, á cambio de la moneda de oro ó plata, entregan papel, es decir, ni un céntimo en moneda, en cuanto les es posible, y además en billetes de elevado valor.

A la llegada del *express* que tiene lugar á las once de la mañana, poco más ó ménos, á causa de los acostumbrados retrasos, se almuerza en el *buffet* de la estación por la suma de dos francos y cincuenta céntimos, ó sean diez reales escasos, y no te pesará, de hacerlo así, lector, pues te aseguro que tu estómago quedará complacido, y además puedes disponer de todo el tiempo que gustes; es decir, de una hora, espacio suficiente para engullir un aluerzo de ferro-carril.

Ya en marcha otra vez, y dejando á la izquierda los pequeños pueblecillos de San Juan de Luz, Guetary y Biarritz,

que nada tienen de particular, como no sea el estar de moda algunos años, y ser, por tanto, punto de reunion para los bañistas, llegamos á Bayona, ciudad que á pesar de ser conocida sin duda alguna por la mitad de Madrid, merece hagamos de ella una ligera descripcion.

Bayona es una ciudad marítima de unos treinta mil habitantes, ciudad fuerte, de primera clase y la llave del paso del Oeste en los Pirineos, y que está situada en la union del río Nive y del Adour; antiguamente era la capital del país conocido con el nombre de Latour, siendo hoy la capital del departamento de los Bajos Pirineos.

Ciudad eminentemente comercial, ha perdido bastante con la construccion del ferro-carril que la une con Paris, haciendo hace bastantes años, que es á la época á que nos referimos, un gran comercio con las lanas, vinos, aguardientes, y sobre todo con sus jamones, que aun hoy dia son bastante apreciados. Puede decirse, sin embargo, que sus principales operaciones comerciales las lleva á cabo con las poblaciones del Norte de las provincias Vascongadas y Navarra.

Es ciudad que en el verano se ve sumamente frecuentada, á causa de ser el punto en donde confluyen todos los viajeros que, procedentes de casi la totalidad de España, dirigen sus pasos á cualquier punto del extranjero.

Pero sobre todo, cuando toma Bayona, un aspecto animadísimo en alto grado, es en la misma época de verano, en los lunes y jueves, por ser dias de mercado. En dichos dias, casi toda la colonia madrileña que remoja el talego de sus pecados en San Sebastian, Pasajes, Renteria, Irún, Hendaya, San Juan de Luz, Guetary y Biarritz, acuden en tropel á las

estaciones de las vías férreas, y pueblan una ciudad locomóvil de cerca de treinta wagones, que al entrar en Bayona despiden por sus bocas torbellinos de humo, y de gente.

Allí es de ver el sinnúmero de carruajes, de repartidores de prospectos *del Bazar de los Pirineos*, y de la sastrería *del Profeta*, que cubren todo el espacio anchuroso que existe al otro lado de la estación; allí es infinito el número de los *cicerones*, de *porteurs* (vulgo mozos de cordel), y de otras mil clases de gentes que estudian diariamente, no el *ars amandi*, de Ovidio, sino el *ars vivendi*, de el siglo XIX.

Lo mejor de todo en este caso, á fin de verse libre de aquella turba acosadora, es meterse dentro de un ómnibus, que transporta al forastero á la plaza de Armas, una de las más céntricas de Bayona, mediante la suma de veinte y cinco céntimos ó sea un real francés.

Y ya que estamos como instalados en Francia, no será malo poner á continuación una tabla de la reducción de monedas y de la equivalencia de las mismas.

### MONEDAS DE ORO.

MONEDA FRANCESA.	MONEDA ESPAÑOLA.
Napoleon (20 francos) . . . . .	19 pesetas (76 reales.)
Medio id. (10 id.) . . . . .	9 id. 50 céntimos.
Cinco francos. . . . .	4 id. 75 id.

### MONEDAS DE PLATA.

MONEDA ESPAÑOLA.	MONEDA FRANCESA.
Napoleon (cinco francos) . . . . .	4 pesetas 75 céntimos. . . . . (19 reales.)
Franco: . . . . .	97 céntimos. . . . . (4 reales menos dos cuartos.)

En general, la moneda corriente, es decir, la que sirve de base para las operaciones mercantiles, es el franco; en Fran-

cia no se cuenta por reales, se cuenta por francos; de suerte que al parecer son mucho más ricos que nosotros, así como en Portugal deben ser mucho más pobres que nosotros, por la sencilla razón de que dos pesetas y media españolas representan la enorme suma en aquel país, de quinientos reis!

La moneda de cobre en Francia es calificada con el nombre de *souses*; un *sous*, vale próximamente cuarto y medio españoles, teniendo el real francés, ó sea la pieza de veinte y cinco céntimos, cinco de aquellas; diez la de cincuenta céntimos, y veinte el franco. Un *sous*, por tanto, vale cinco céntimos; es exactamente el mismo sistema que el de las monedas últimamente acuñadas, en cobre, en España; monedas que son conocidas entre los chiquillos de la pillería de Madrid por las de *el mono sentado*.

El cambio varia naturalmente en Francia; á veces abonan tan sólo el dos y medio por ciento (si abonar es reducir una moneda de cinco duros á veinte y cinco francos), pero lo más general, es el tres, y hasta el tres y medio por ciento, siendo los judíos establecidos en la Plaza de Armas los que más abonan en el cambio, pero advertimos á nuestros lectores regateen el precio de aquel, como berzas, pues siempre pretenden engañar; teniendo cuidado de, al hacer el ajuste, convenir en si han de entregar oro ó papel, pues siendo en papel abonan por regla general un medio ó tres cuartos más por ciento; los sábados no están abiertas las tiendas de los judíos. Recomendamos á nuestros lectores el establecimiento de Mr. Costalle.

Volvamos, pues, á describir, siquiera sea ligeramente, la ciudad de Bayona, punto que aconsejamos sirva siempre de descanso para aquellos que traten de emprender un viaje algo más lejano, no entrando en esa regla el viaje á París.

Es Bayona una ciudad, como ya hemos dicho, eminentemente comercial y portanto bastante animada, dividida en dos mitades conocidas con el nombre de Bayona y Pequeño-Bayona, ó Saint-Esprit, sirviendo el rio Adour de linea de separacion.

Puede decirse que la parte conocida con el nombre de *Bayona*, es en donde radica todo la actividad, toda la vida de la ciudad, y asi vamos á describir la conocida con el nombre de *Petit-Bayonne*.

Esta es un compuesto de calles estrechas irregulares, aunque limpias, habitado en su mayor parte por patrones, contramaestres, y marineros de los faluchos y pequeños vapores que hacen algun comercio en la ciudad. Tambien está habitado en gran parte por judios, los cuales tienen en esta barriada su sinagoga, edificio mezquino al que, aunque no merece la pena de ser descrito, vamos á dedicarle algunas lineas por si algunos de nuestros lectores no saben lo que son esa clase de edificios, y porque visto uno, puede decirse que dan vistos todos.

Es el que ocupa ahora nuestra atencion un edificio cuadrangular, con unas como galerias de teatro en las partes laterales del mismo, con una especie de entarimado en el medio del suelo, en el cual suben *los cantores* á pegar gritos, que es lo que regularmente suelen hacer. En el fondo, el tabernáculo en donde siempre están las tablas de la Ley, cubiertas por un cortinon, y delante del cual se levanta un ara destinada á alimentar el fuego.

Nada de imágenes; nada de esculturas, nada de lienzos que recuerde que aquella es la casa de Dios. Al entrar, parece como que se nota frio en el corazon, y una especie de sobrecogi-

miento que hace recordar las palabras de ;Jerusalem, Jerusalem! puestas en boca del Divino Hacedor, de Jesucristo: parece como que allí reina la maldición que un Dios justiciero impusiera sobre la frente del pueblo por él condenado á vivir esparcido y errante por el globo terráqueo.

Estos pensamientos eran los que germinaban en mi mente, en aquel sitio, que para mi ningún respeto merecía, como no fuera el de recordar los tormentos del Dios hecho hombre, y el de que al fin y al cabo era una manifestacion de la voluntad del hombre, que judío, hereje, mahometano, salvaje ó católico es una obra de los cielos, un alma que, como creada por Dios, no es otra cosa que un destello de su divinidad.

Allí se habla, se fuma, por supuesto; y por tanto no hay el respeto que el templo inspira, y es, que desengañémonos; el hombre, por bueno y sábio que sea, no lo es nunca bastante, para dar á Dios el homenaje con sólo su corazón; por lo mismo que tiene alma y tiene sentidos, debe tener algo ante sus ojos, que bien sea en dura piedra, bien en frágil leño, ó en pintado lienzo, le recuerde su religion.

Olvidándome por un momento de los doctrinas del judaismo, y sin duda impresionado por las ideas que acabo de vertir, en las últimas líneas, chocándome el no ver nada que recordara era aquello un templo, hube de preguntar á la vieja portera que nos acompañaba.

—¿No hay ninguna imagen de Dios?

—Dios sólo está en los cielos, me contestó.

—Pero Cristo, el Mesías....

—Todavía no ha venido; vendrá; me contestó mi interlocutora con acento que tenia algo de las antiguas sibilas.

No oi más, pues poniendo en la mano de la vieja un franco

por vía de gratificación de sus servicios, salió, pareciéndome como que respiraba mejor ya en la calle.

Lo que acabo de apuntar es todo lo que merece la pena de mencionarse en el Petit-Bayonne.

Saliendo de este, es necesario atravesar el puente que une á las dos partes, para poder necesariamente penetrar en el Bayona, no *petit*.

Dicho puente es una obra bastante notable en su género, y tan anchuroso, que pueden pasar por él hasta tres carruajes de frente, quedando además dos espacios bastante desahogados para que la gente que transita pueda circular con toda comodidad. Todo él es de piedra sillar, y de alguna longitud.

Como hemos dicho antes, Bayona presenta siempre un aspecto animado, siendo su población, marítima, casi en su totalidad, por más que haya disminuido bastante la afición en los hijos de la ciudad, á lanzarse al mar, y mucho más á exponer sus mercancías en el paso de la célebre *barra* de Bayona, sobre la cual vamos á dar algunas ligeras nociones.

En el año de 1500 de nuestra era, hubo de formarse una gran cantidad de arenas, sobre el dique del Adour, despues de una tempestad, formando aquellas como un paso inexpugnable; las aguas del rio, al refluir, formaron un nuevo cauce y entonces se trató de reabrir el antiguo puerto, para lo cual fué necesario ahondarlo y construir una gruesa muralla que obligara al Adour á seguir su antiguo alvéolo, pero no contaron los ingenieros con que el rio, no pudiendo traspasar las murallas de arena, penetrara, como penetró, en la ciudad.

El destronado Napoleon III, al subir al trono, natural era quisiera darse á conocer por actos que influyeran directamente en beneficio del país, y es preciso reconocer que nunca

podrá pagar la Francia á su ex-emperador; la gran obra, si así puede llamarse, de las Landas.

Figúrense nuestros lectores un país que no es país, una provincia que al cabo de algún tiempo podía no llegar á serlo; es decir, un terreno que en vez de verdes árboles y de esmaltadas praderas, pudiera convertirse en desiertos de arena.

Trasformar este país y limitar los males que pudieran sobrevenir en él, esta fué la obra de Napoleon III.

Lo mismo pretendió hacer con la *barra*, es decir, despejar la entrada del río, pero no logró dar cima á su empresa, como pudo hacerlo con las Landas.

La parte más risueña y pintoresca de Bayona es la del Oeste, puesto que en ella están las *allées* ó alamedas marítimas que se ven siempre frecuentadas por los paseantes á causa de su excelente posición, y agradable sombra y frescura que despiden los árboles allí plantados.

La casi totalidad del comercio, tiene su centro en la calle de Chegaray, en la de los Arcos del Puente Nuevo, en la de la plaza de Armas y en las adyacentes á estas.

Posee una magnífica catedral de estilo gótico que data del siglo XII, y que, como todas las iglesias de aquel tiempo, tiene un aspecto bastante sombrío; de forma semicircular, contiene en su náxico hemicírculo, vastos altares en donde se celebra el santo sacrificio de la misa, diariamente.

El altar mayor forma una especie de edificio aislado en la parte superior de la catedral, adornado hoy también al estilo gótico, aunque un tanto chillón, que es el signo característico de las iglesias francesas.

Lo verdaderamente notable de la catedral de Bayona es el claustro de la misma con galerías en ojiva, y que tiene todo el

aspecto de un cementerio de la Edad Media á causa del abandono en que yace sumido. Cuidando, sin embargo, en cuanto pueden, un anciano monge y alguno que otro hermano lego.

Cuando yo lo visité no pude ménos de entablar conversacion con el pobre monge y quedé encantado de su conversacion. Debia haber sido su vida mundanal bastante agitada, á juzgar por algunas palabras sueltas que vertió en su conversacion, no pudiendo saber de él más, sino que habia sido soldado primero y médico despues, notando que cuando hablaba de su profesion médica empañaban sus ojos algunas lágrimas.

Al decirle que era yo español, exclamó:

—¡Ah! gran país, gran país; pero nunca estarán Vds. en paz, porque son Vds. muy grandes y el país es algo pequeño para todas sus aspiraciones; pero con el tiempo, Dios proveerá!

Me despedí de aquel hombre casi enternecido, considerando quedaba allí una criatura humana, que quizás en su soledad tendria un mundo de recuerdos que devorar!

Bajando de la catedral por una calle estrecha que parece como olvidada, y que se halla enfrente de la puerta principal, nos encontramos volviendo á la izquierda, en la plaza de Armas, punto de reunion puede llamarse, de casi todos los extrangeros, como que en ella están la mayor parte de los hoteles.

En dicha calle ó plaza, se hallan los despachos de los ómnibus que á cada media hora salen con direccion á Biarritz; el trayecto á este sitio, se lleva á cabo en tres cuartos de hora, por un camino bellissimo flanqueado por altos y frondosos árboles, y por elegantes y ricas quintas de recreo. Todos los que

visitan á Bayona, bien sea lleguen en el tren *express*, ó bien en el de *recreo*, tienen tiempo suficiente para visitar la ciudad, almorzar ó comer, y llegar á Biarritz, aunque los que deseen salir de Bayona con direccion á San Sebastian en el tren de las cuatro de la tarde, han de andar algo listos, es la verdad.

El pueblo de Biarritz tiene muy pocos atractivos para los bañistas, pues á pesar de su lindísima situacion, es muy molesto á causa de sus empinadas cuestas, por estar asentado en una escarpada roca. Además, toda su importancia, puede decirse ha decaido, desde el momento de la caída de Napoleón, que en union de nuestra noble compatriota la emperatriz Eugenia, habian querido hacer de Biarritz una residencia real en la temporada de baños de mar, y la verdad es que en aquellos tiempos ofrecia un aspecto como pocos; por otro lado, la ciudad de San Sebastian ha quitado, con su concha y su ruleta algunos visitantes á Biarritz, y no será extraño que algun día no quede de este pueblo otra cosa que su recuerdo.

Volviendo á Bayona, que hemos procurado tratar de describir ligeramente, diremos que es la patria de muchos hombres célebres, tales como el ministro de hacienda en España, Cabarrús; el ministro del interior en Francia, conde de Gáray; el químico Bertran; los célebres marinos Bergeret y Rôquvert; el economista Bastiat; Santiago Laffitte, y el violinista Allart.

Las costumbres son las mismas que entre nosotros: el pueblo tiene el dialecto vasco, que es, con poca diferencia, el dialecto navarro y de las Provincias Vascongadas; el tipo, trajes y todo, en una palabra, es idéntico al de las provincias del Norte de España que quedan dichas; y antes de abandonar á Bayona vamos á dar á conocer á nuestros lectores lo que muchos qui-

zas ignorarán, el tributo del trece de Junio: tributo que dicho sea de paso, no tiene que ver nada con la dignidad de los vascos, y cuyo origen no se sabe de dónde proviene.

El día 13 de Junio, dos vascos y un navarro van á la roca de Artacé, que separa á España de Francia, armados de punta en blanco. Adelántase uno de ellos con extremada precaucion hacia la parte que mira á España, y cuando ménos se lo piensa, á manera de un conejo que salta entre las matas, aparece un navarro por el lado opuesto que grita:

—¡Alto! ¿Qué queréis? La paz ó la guerra?

—¡La paz! contesta el francés.

—Adelante pues; responde el navarro.

Y entónces adelántanse ámbos, colocan su carabina en el suelo mirando los cañones á Francia y España, respectivamente, cruzan las manos en señal de amistad sobre las armas, y entoncec, á una señal del vasco-francés, acuden sus dos compatriotas y los dos navarros, trayendo aquellos sujetas por las astas tres terneras sin mancha, que son entregadas á los navarros, y entre broma y algazara concluye aquel alegre dia, despidiéndose los comensales, ébrios... de placer, y prometiendo cumplir con el tributo el año siguiente.

Dejo referido ó contado, lector, lo que de particular encierra Bayona. Para concluir, soló nos falta añadir que á poca distancia de Bayona, á cuatro kilómetros, está el célebre castillo de Marrac que fué habitado en 1808 por el rey de España Carlos IV, su mujer y el favorito Godoy, y que ha sido destruido en parte por el incendio de 1825.

Vamos, pues, á abandonar á Bayona, ciudad en la que todavia nos parece estar en España, y como sale el tren que conduce á Pau, donde nos detendremos, casi al mismo tiempo

que el de *recreo*, que vuelve á España, despedámonos de nuestra patria, en las personas de nuestros compatriotas.

*Viajeros de primera clase.*

—Jesús, ¡y qué calor! A ver si podemos cojer un coche para nosotros dos solos.

—¡Hija, eso es pedir gollerias!

—Qué quieres. ¡Llevo sobre mí tanta cosa; claro! como que aquí todo está mucho más barato. ¡Ay, Francia, Francia!

—Si, pues si te descuidas, en la frontera.....

—¡Adios! ya viené aquí gente; cómo ha de ser! pero ¡ealle! ¡si es la condesa con su hija! ¡Por aquí, por aquí, condesa!

—Dispense Vd., responde esta: tenemos reservado.

(*Aparte.*) —Dios me libre de ir con esa gentecilla.

*Viajeros de segunda clase.*

—Mamá, mamá: allí hay un departamento de segunda, desocupado, y está al lado de otro de primera.

—Sí, sí, hija mía, tienes razon; así de lejos ereerá doña Rita, nuestra vecina, que vamos en primera, pero no abrir las portezuelas; tú (á uno de sus dos tiernos retoños), metete dentro, y tu (á otro de sus dos pimpollos), cubre con tu cuerpo la portezuela para que no se vea el lebrero.

—Ay mamá, ¡si allá viene doña Rita!

—¡Malhaya sea! en fin, paciencia!

—Hola, vecinas, ¿en segunda? Pues yo creia que en San Sebastián habian subido en tercera!

—¡Señora, por Dios!

—Vaya, subamos, que tengo que desocupar mis bolsillos.

—Sube y empieza á sacar chancelos, jabones, cestitas, una corbata, un rosario en su huevecillo correspondiente, y un almanaque francés.

Todas—¡Qué barato  
*Viajeros de tercera.*

—¡Señá Sinforosa, señá Sinforosa!

—Si no me deja subir este gabachó, porque dice que no  
*e cabe* más en los asientos!

—¡Venga un trago, Manolo!

—Aunque seán dos, señor Pepe.

—Ya vamos andando *capa* España.

Un túnel.

—Eh, ¿tio morral! estése Vd. quieto; Tóquese Vd. las na  
 rices!

—Aaaaah!!! ya salimos.

Vaya, adios, compatriotas,

feliz viaje

—y recuerdo á todos

de nuestra parte,

Antes de acabar, seamos positivistas, conforme con lo pac-  
 tado. De Hendaya á Bayona, cuesta el billete en el ferro-  
 carril, en primera clase, 4 francos y 30 cénts.; en segunda  
 clase, 3 francos 20 cénts., y en tercera, 2 francos 75 cénts.

En cuanto á los hoteles, todos son excelentes en su mayor  
 parte, en Bayona. Sin embargo, hay entre ellos alguna dife-  
 rencia. Para el viajero que no le importe gastar, los de Saint-  
 Etienne, Embajadores y del Commerce.

Para viajero de bolsa algo más escurrida, los de la Bilbaina,  
 la Providencia y de Espagne.

Los precios en los primeros suele ser el de nueve á diez  
 francos por persona, y en los segundos el de siete y ocho fran-  
 cos, todo comprendido.

Advertimos á los que nunca han viajado por Francia, que

alli se paga lo que se llama el servicio, y la bujía, aparte. Que el precio de aquel, suele variar entre un franco á cincuenta céntimos por persona, y cada bujía que se gaste, cincuenta, y hasta setenta y cinco céntimos. El que sea económico y no quiera que por solo encender la bujía y apagarla para dormir, le cobren cada día una contribucion de ese género, vaya provisto de su correspondiente linternita, que se venden en Bayona, segun creemos.

Regla general; no meterse en su cuarto en ningun hotel, hasta haber convenido en el precio de cada una de las cosas. (1)

---

(1) Mas adelante, todas las noticias de trenes, billetes, hoteles, etc. irán en forma de letra más pequeña, y al pié de cada capítulo.



recibir los beneficios del espectáculo que se presenta ante  
 sus ojos.  
 En tanto que en la ciudad de Bayona aguarda en las  
 orillas de la neblina, una línea de árboles en  
 tonos que parece no acabarse jamás, un cielo bellísimo,  
 cubriendo aquel vasto panorama, y a los pies el río como un  
 obstáculo que impide el que uno se lance a admirar aquellos  
 obra del Creador más de cerca.

**CAPITULO III.**

No podéis formaros una idea de lo que es aquello, es que  
 esto todo de cerca, palpando, y sentirlo todo  
 los diversos ruidos que se escuchan allí al alba. Además, la hora  
 en que esto tiene lugar es precisamente en la mañana, cuando  
 espectáculo yespertino (1) en que toda parece revestirse con un  
 mundo mágico. Las tonos y colores parecen que se  
 parece presentar la noche, en especie de somnolencia que se

**CONTINUACION.**

Orthez.—Lescar.—Pau.—Su situación.—Plaza Real.—Castillo de la casa de Béarn.—  
 Sus paseos.—Iglesias.—Casa de Bernadotte.—Noticias de interés.

Como más adelante, es decir, al final del capítulo, se verá,  
 hay varias horas de salida de Bayona con dirección a Lyon,  
 pero de intento hemos escogido la hora de las siete de la tarde,  
 pues entonces sale un tren que muere en Pau, y allí hemos de  
 detenernos para la escursion de Aguas-buenas; además que  
 esa hora tiene un encanto especial que no la tiene ninguna  
 otra, según vais a ver, lectores míos.

Apenas el tren sale de Bayona, tuerce a la izquierda, y va si-  
 guiendo hasta Urt la margen derecha del río, y dejando a su  
 derecha bosques frondosos y esmaltadas praderas.

A la hora en que nos referimos, no puede menos el corazón  
 de conmoverse y dilatarse como queriendo entreabrirse para

recibir los beneficios del espectáculo que se presenta ante sus ojos.

Enfrente del que mira, la ciudad de Bayona envuelta en las penumbras de la neblina; más allá, una línea de árboles en lontananza que parece no acabarse jamás, un cielo bellissimo, cubriendo aquel vasto panorama, y á los piés el rio como un obstáculo que impide el que uno se lance á admirar aquella obra del Creador, más de cerca.

No podeis formaros una idea de lo que es aquello; es preciso verlo de cerca, palparlo, recrearse y sentir todos los divinos goces que acarician allí al alma. Además, la hora en que esto tiene lugar es precisamente esa hora mágica del crepúsculo vespertino (1) en que todo parece revestirse con un manto mágico. Las mil voces de los canoros pajarillos que parece presienten la noche, esa especie de somnolencia que se advierte hasta en la atmósfera, hacen de aquel trayecto un eden.

Es tan bello el espectáculo que acabamos de referir, que aconsejamos al que tenga que ir de Bayona á Pau, se espere en la primera ciudad á que si no lo hay, haga un día claro y sereno, en esa época, para poder en la hora indicada gozar de dicho paisaje, colocándose para ello á la izquierda del tren, y no se arrepentirá, antes bien nos dará repetidas gracias.

Sigue el tren en rápida marcha costeano el rio que mas adelante toma el nombre de Gave de Oloron, pasando al lado de la pintoresca villa de Peyrehorade, y atravesando por en medio de Orthez, villa de siete mil habitantes é importante en tiempos atrás, por haber sido residencia de los príncipes del

(1) No se olvide estamos en el estío.

Bearn. Posee ruinas de dos iglesias antiquísimas que dan á conocer cuál debia ser la grandiosidad de las mismas, y la torre de Moncada, único resto del castillo de Moncada, edificado por Gaston de Foix en 1240; todos los amantes de antigüedades no dejan tampoco de visitar un puente gótico que allí tambien existe, célebre por las matanzas de las cuales fué teatro durante las guerras religiosas en aquel país en 1569.

En la estacion férrea de Orthez, asaltan como bandoleros, comisionados de diligencias de Pau á Aguas Buenas, proponiendo precios al viajero, y no debe entonces desperdiciarse la ocasion por los que vayan á disfrutar de los beneficios de aquellas aguas, puesto que entonces se puede obtener una gran rebaja en el precio de los asientos y hasta en el de un coche particular, si pretende servirse de este medio el viajero para trasladarse al punto de los Pirineos ya citados.

Hasta Pau no hay nada digno de llamar la atencion, y únicamente en el pueblo de Lescar, se admira todavía por los arqueólogos la iglesia de Notre-Dame, cuya construcción data del siglo X.

Llegamos á Pau cerca de las once de la noche; su magnífica estacion férrea cautiva el ánimo por su sencillez; el tumulto que reina á las puertas de la misma es grande; como es Pau punto de partida para muchos puntos del Pirineo, es grande tambien el número de empresas que se disputan allí el bolsillo del viajero. Todos vienen por medio de sus comisionados á ofrecer sus coches, sus caballos, sus ómnibus y sus espaldas; es decir, las de los mozos pertenecientes á la casa. Lo mejor de todo entonces es subir al coche de la fonda que se ha elegido, dar el talon del equipage al conductor del ómnibus del Hotel, y ponerse en marcha hácia este. Esto en el su-

puesto de llegar por la noche, pues si se llega de día y quiere uno llegar cuanto antes á la residencia temporal de baños que haya determinado, no tiene que hacer otra cosa mas que subir á la diligencia por él escogida, y ya es bastante; no tiene que ocuparse de nada más.

Ya en Pau, y á la mañana siguiente, despues de tomar en el hotel, el chocolate ó café con leche, segun el género de afición de cada cual, y despues de *un bout de toilette* (no hay que echarme la culpa de que vayan algunas palabras en francés; estamos en Francia), despues, digo, lo primero que debe hacer el viajero, es ir á la Plaza Real á admirar el vasto panorama que se desarrolla ante la vista.

Con dificultad habrá en Francia, ni aun en Italia, un paisaje tan rico y pintoresco como el que ocupa ahora nuestra atención. Asomado el viajero á la barandilla de piedra, que forma la Plaza Real, en uno de sus costados, entre el hotel Gassion y el de France, se presenta ante sus ojos, y esa es la primera impresion, un Océano de verdura en un plano inclinado: el que no haya visto jamás aquello, no puede menos de dejar escapar una exclamacion de asombro. A los piés el río (Gave de Pau), que se asemeja á una cinta de plata, serpenteando por el estrecho valle allí formado, y más allá colinas en graduacion ascendente, cubiertas de verdor en grado tal, que la vista quiere penetrar en balde por enmedio de él; y esa sucesion de colinas va perdiendo su verde color para confundirse á lo lejos con las nevadas crestas de los picachos pirenaicos, entre los cuales sobresale, levantando su blanca cabeza, el Pico del Mediodia, punto culminante de la cadena de los Pirineos franceses.

No alcanza la pluma á dar una pálida idea de aquella vis-

ta magnífica, de aquella variedad ordenada que compone un todo de armonía infinita; es preciso decir, casi, casi, como Santo Tomás, *ver y creer*, esto es, *ir y ver*.

Quizá alguno de mis lectores diga, ó eche de ver que unas descripciones se suceden á otras con demasiada frecuencia; que la naturaleza trata de ser pintada á cada paso; pero á eso contestaré, que en un viaje no solo se va á admirar las creaciones del hombre; que la mano de este no da forma á las montañas, y á los valles, y al mar, y á los ríos; y por tanto, que aún para los que sean algo materialistas, es necesario salir de cuando en cuando de las cosas humanas, pequeñas aun en medio de su grandiosidad, para que el corazon respire, para que el ánimo se esparza, se ensanche, ante las maravillas de la creacion de Dios.

Me ha acontecido en este viaje, en el que tanto y tanto se vé y se admira, quedarme estasiado ante la grandeza de un monumento, á causa de su antigüedad, recuerdos históricos ó belleza; mirarlo, sentirlo, digámoslo así, tratar de infiltrar mi imaginacion á través de sus piedras; volverlo á mirar, y en ese éxtasis del alma y de los sentidos, por uno de esos movimientos de que uno no sabe darse cuenta, volver la cabeza, ver un lago á mis piés, una montaña que con su elevado pico parecia querer recordar su origen, y no acertar ya á desprenderme de este último espectáculo, por más que el ruido sordo y confuso de la ciudad me recordará habia aún algo dentro de sus muros digno de notarse.

Yo os lo aseguro; ningun monumento, por célebre que sea, ninguna obra del arte en Italia, vale lo que sus lagos, lo que sus montañas; no ha habido para mi en aquel país;

mas que un monumento que sobrepuje á la naturaleza, y eso no por sus formas, no por sus esculturas, no por su riqueza, sino por su sencillez, por su modestia, por sus negras paredes; ese monumento es, la santa casa de la Virgen, en Loreto.

Creo haber dicho bastante; si á pesar de esto alguno insiste en su opinion, no diga, no, que exagero, diga en buen hora si quiere, que deliro; exagerar, nunca; todo lo más, *Ægri somnia*, y si es que son sueños ¡benditos sean!

Volviendo á nuestro Pau, diré, que sobre todo en el invierno es mas bien pueblo de ingleses que de franceses; su aspecto es risueño y encantador, y tiene tambien su poquito de historia.

Debe su origen á su castillo de los príncipes bearseses, edificado en el siglo XI: ha sido capital del pequeño reino de Navarra y Bearn, y ha visto nacer á Enrique IV y al rey de Suecia, Bernardotte.

Su situacion, la vista admirable que se disfruta desde sus terrazas, la dulzura de su clima privilegiado, han hecho de Pau los cuarteles de invierno de una porcion de ingleses.

El castillo, flanqueado de torres presenta una masa considerable; se entra por un puente levadizo; Abd-el-Kader estuvo algun tiempo prisionero en él. Es digno de ser visitado, y llama la atencion desde luego el pozo que se encuentra en el patio; mas adentro, la sala comedor de honor ó de los Estados; la sala de recepcion de Enrique III; la antigua cámara de los reyes de Navarra, en donde nació, en 1553, Enrique IV; la alcoba donde dormia la célebre Juana de Albret; la de Enrique IV y la de el emir Abd-el-Kader.

## ESTADOS DE RESERVA

Se anexo en las literales de los arts. 1.º y 2.º del presente Decreto, el Plan General de Contabilidad y el Plan de Ingresos y Gastos, para el ejercicio de 1900.

## PRINCIPIOS DE LA RESERVA

En Madrid, dos por la tarde, a trece de Mayo de 1900.

El Ministro de Hacienda y Fomento, D. Antonio Maura.

El Ministro de Ultramar, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Marina, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Fomento, D. Antonio Maura.

El Ministro de Gracia y Justicia, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Instruccion Publica, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Obras Publicas, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Comercio, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Agricultura, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Sanidad, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Instruccion Publica, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Gracia y Justicia, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Fomento, D. Antonio Maura.

El Ministro de Ultramar, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Marina, D. Juan de los Rios.

El Ministro de Hacienda y Fomento, D. Antonio Maura.

## PUNTOS DE SUSCRICION

---

Se suscribe en las librerías de los Sres. Durán, Carrera de San Gerónimo núm. 2; San Martín, Puerta del Sol, 6; Gaspar y Roig, Izquierdo (Antes Príncipe), núm. 4; Tejado, Arenal 20.

---

## PRECIO DE LA SUSCRICION

---

En Madrid, dos reales cada reparto semanal de cuatro entregas de ocho páginas y un grabado, que se satisfará en el acto de recibir el reparto.

En Provincias remitiendo veinte y cuatro reales, importe de doce repartos semanales, á la librería de Durán, y á la Administracion, Corredera Baja de San Pablo, núm. 2, piso 2.º izquierda.

Al final de la Obra se publicará la lista de los suscritores.